

LOS PERROS DE LA NACIÓN

INTERZONA

Boyanovsky Bazán , Christian

Los perros de la Nación / Christian Boyanovsky Bazán . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

160 p. ; 21 x 12 cm. - (Línea C / Marcelo Cohen)

ISBN 978-987-3874-79-6

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

© del texto, Boyanovsky Bazán, 2018

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición: Caterina Gostisa

Corrección: Mónica Campos

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Mariel Mambretti

Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-3874-79-6

Impreso en India. *Printed in India*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Boyanovsky Bazán

LOS PERROS DE LA NACIÓN

INTERZONA

PARTE 1

1

Nunca más volví a verlos, hombre y perro caminando solitarios en la noche. Mujer y perro por calles abandonadas, oscuras, acompañados y protegidos mutuamente. Como si no existiera peligro para esa comunión de seres que, en las sombras, adoptaban una dimensión unipersonal, mayor a la que habitualmente percibiéramos en plena luz del día. Muchos de los feroces y despiadados que hoy merodean en la penumbra son descendientes de mascotas dóciles; nietos y biznietos de razas codiciadas, sobreestimadas. Dejaron la claridad del día. Pero eso al menos da un tiempo en el cual vivir con cierta normalidad, hasta el toque de queda, cuando comienza a caer el sol y los perros salen a cazar personas.

2

Todavía hay rezagados que se creen con fortuna y desafían a la noche. Raro es que sobrevivan. Aun cuando se deshicieran de uno o dos, con ayuda de un filo, o un viejo chuco sin incautar, o a puños limpios, nada. Ventrán otros, y otros más. Barrios adentro, se observa tras la ventana, en la oscuridad. No por indiferencia, tal vez alguno llora en silencio, pero no abandonará la seguridad de sus vallas automáticas. Quien fuera que haya salido en ayuda, quedó en la calle, con el cuello perforado y las tripas desparramadas sobre el pavimento.

3

Un tipo corre. Viste traje y lleva un maletín, que arrojará recién cuando sienta que no tiene salida, tal vez lo lance contra unos

perros, sin que esto contribuya, salte una cerca y se meta en un zaguán. Golpea la puerta con los puños y grita por ayuda, pero nadie abre. Las vallas están activas. Es tarde. Algunos miran desde dentro. Otros se tapan los oídos. Los perros lo rodean, dos lo atacan desde atrás, el tipo cae de rodillas, y le van encima. Ladran y aúllan, respingan el arma, con belfos ensangrentados, y caminan con el lomo inclinado hacia el perrolíder plateado. Despunta el alba y las Brides lavan los restos. No queda ni un charco. Limpian hasta la mierda de los perros.

4

Las Brigadas de Despeje trabajaron arduamente la mañana última en una calle céntrica, muy transitada durante el día, donde debieron levantar al menos cinco restos que habían quedado arrojados sobre el pavimento desde la noche anterior. Se desconoce en qué circunstancia fue el ataque. Todavía no había aclarado del todo y las Brides ya finalizaban la tarea de barrer y sopletear el suelo con sus mangueras a presión. Cuando aparecían los primeros ciudadanos ya casi no había rastros del trabajo realizado y la calzada se veía reluciente, como si nada hubiera pasado. Solo un descuido permitió que quedara sobre el asfalto, oculto tras un depósito de basura, un portafolio rasgado y abierto, cuyas hojas se desparramaban suavemente en la brisa...

5

Querrán borrar de nuestra memoria tal masacre, para alentarnos a seguir, como si nada pasara, automatizados por la rutina. Como si en la noche navegáramos un *sueño esencial* y el día, con su claridad esperanzadora, viniese a demostrarlo. Que el miedo a la muerte, porque ceden las vallas, porque el ocaso nos ha sorprendido fuera, o por los bombardeos sanitarios que alguna vez caerán del cielo, fuese apenas la angustia pasajera de ese tren misterioso y fantasmal, habitado solo por sombras. Como si un manto de luz nos aislara de todo, y estuviésemos mágicamente rodeados de cosas bellas. Una

rosa. Eso pensé cuando mis ojos la descubrieron, que era bella. Pero me atuve a las reglas.

6

Nunca vimos a un niño muerto, ni en la calle, ni en las casas. Nunca nadie halló un cuerpecito estropeado a dentadas en algún rincón, recostado con los bracitos hacia delante. Como los orejudos. Así aparecían por la mañana, diseminados por toda la ciudad. Decúbito dorsal, con el cogote aplastado. En mi pequeña morada habitaba también un gato orejudo, de bigotes largos, pelaje frondoso en suaves tonos verdes y grises. Astuto y silencioso. Sus ojos amarillo ámbar encerraban un profundo, inextricable misterio. No quedaron gatos de los que aprender su sabiduría nocturna y su fórmula para reservar poder. Los persiguieron, los mordieron y sacudieron hasta la muerte. A todos.

7

Al principio eran riñas que nos parecían familiares. Los metálicos dijeron tendencia, pero nadie se espantó por unos gatos destrozados. Luego fueron cantidades, y a diario. No solo en la calle, también en las casas, sobre todo aquellas en que convivían ambos. Esa noche en que regresé a la morada, tras un largo entrenamiento, presencié la masacre. Arrinconado en el patio, un espacio pequeño de paredes altas. Ya sin lugar a donde correr, y no era de huir, uno de los colmillos lo cazó en un giro, lo sujetó con una pata y le hincó los propios en el lomo. El otro le desgarró el cogote y lo arrojó contra una pared. *Cazar y matar no siempre está motivado por el hambre.*

8

Lo dejaron ahí, duro, empastado en su propia sangre, los ojos habían perdido el brillo y el misterio, parecían bolitas de vidrio, como piezas de taxidermia.

Ahí estaba yo, espectador petrificado, por el miedo y la sorpresa. Los perros pasaron por mi lado, esperé el tarascón, pero no. Iban serenos, las orejas rectas, los ojos redondos. No hubo *reacción crítica*, no hubo gruñidos, ni pelos erizados. Uno se detuvo y me lanzó una mirada de hielo, sus ojos punzantes parecieron atravesarme. Sobre la pared donde habían estrellado a la víctima quedó impreso su rastro. Un boceto de tinta oscura. Hay conductas que no se abandonan por el simple hecho de evitarlas o reprimirlas. Cuanto más contenidas, *con mayor fuerza estallarán en el momento determinado*.

9

Hace mucho tiempo que no se oye un estruendo en toda la Nación. Cuando un com quiso practicar tiro con pólvora, el Uno se le fue encima como si fuera traición.

—¡Un solo disparo y en veinte minutos toda la Urbana estará rodeando el lugar!

La Policía Urbana arrea a los habitantes con su vocinglería metálica, ciudadano, vaya a un interior. Vaya a un interior, ciudadano, por favor. Es por su seguridad. Ciudadano, por su seguridad, no permanezca en el exterior. Las luces violáceas rebotan en los muros y las ruedas silban a paso lento. No queda un alma. Se guardan en sus hogares, detrás de sus vallas automáticas. A ningún decente se le ocurre defenderse por cuenta propia.

10

Desde que se adoptó el toque de queda, la ciudadanía se refugia tranquila en sus hogares. A partir del momento en que comienzan a sonar las sirenas en los barrios y salen las patrullas a recorrer las calles para advertir a los rezagados, se aprecia una calma como no había en otras épocas, como si la desgracia fuera un catalizador para el estado de ánimo. La adversidad se vuelve así un impulso para adoptar una nueva idiosincrasia, tan cara a la construcción de un tipo de sociedad al que tradicionalmente se

ha aspirado. Se advierte en el momento de quietud que se produce entre la primera sirena y el ocaso. La ciudad entera parece congelada, como vacilante entre cobrar impulso para dar el salto o guarecerse. Cada día parece más lógico y coherente que prevalezca el orden...

11

El viento se arremolina en los zaguanes. Se ve, a través de las ventanas cerradas por el frío que empieza a sentirse, una luz tenue que proyecta sombras en los cortinados, los contornos de sus caras tristes, mirando hacia otro lado, haciendo de cuenta que no hay sirena, que no hay noche. Alguna madre prepara la cena. Se oye su voz, hablando a sus chicos de cualquier cosa, por qué someterlos al sufrimiento de saber lo que puede ocurrir nomás con atravesar la puerta. Si aún logran esquivar las luces violáceas, aunque pudieran evitar ser atrapados por los colmillos y sus jadeos, queda la Ley de Protección y los proteccionistas, que son aún peores. Entonces, me pregunto qué hago aquí afuera, en lugar de estar echado en la cama, metiéndome un clavo que me lleve a recordar otros tiempos, a repasar las quince pautas, y a reservar fuerzas, como los orejudos.

12

Pero, entre dos opciones, siempre he escogido la menos sencilla. Es esto, o ser un automatizado social. Ir a buscar el enlace o ser el enlace. Salir a la calle a exponerse al doble riesgo de ser alcanzado por ellos, los perros, o por la PU, y que me apliquen el artículo tercero. Ya con eso, se termina todo. Con las esencias, el brazal y el escudo, ya es suficiente para acusarme de violación al artículo cuarto. Mi cuaderno de notas sería prueba sobrada para declararme antiproteccionista. Esta vez no sería un interrogatorio rutinario. “¿Qué sabe del Grupo? ¿Nada? Bueno, vaya”. Aplicarían sus métodos para extraer información. Y ya no me dejarían salir. Y a pesar de este acto de arrojo, que pone en juego, digamos, todo, o casi todo, no tengo garantías de no-ataque.